

El dominico fray Reginaldo de Lizárraga y sus observaciones sobre la medicina americana

Carlos Dellepiane Cálceña
ANH
cdellepiane@gmail.com

Resumen

El dominico fray Reginaldo de Lizárraga, nacido en Medellín, España, hacia 1539 y muerto en Asunción del Paraguay en 1609, nos dejó su *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, relato de sus viajes, en la que volcó con sentido crítico lo visto y lo vivido en las extensas regiones que recorrió. El manuscrito original se conservó en la Biblioteca de San Lázaro, de Zaragoza. El presente trabajo ha sido hecho con la edición debida a la Union Académique Internationale y la Academia Nacional de la Historia, que viera la luz en 1999 con estudio preliminar del académico Edberto Oscar Acevedo, en el seno de las “Fuentes narrativas para la historia del Río de la Plata y de Chile”.

Palabras claves

Perú – Tucumán – Río de la Plata – Chile – Aborígenes – Religión – Medicina popular

Abstract

Key words

...porque son todas cosas grandes y dignas de memoria”, escribe en 1555 Pedro de Cieza de León en su crónica sobre la conquista del imperio Incaico, de la que era protagonista y partícipe de las increíbles hazañas de aquella gente que midió con sus pasos la inmensidad de esta tierra americana. Y prosigue “...para que las repúblicas que se rigen por grandes letrados y varones de esta tierra tomen aviso y unos y otros conciban admiración¹”.

He aquí el motivo que impulsó a fray Reginaldo de Lizárraga a anotar en su *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, dedicada al “Excmo. Sr. Conde de Lemos y Andrada, Presidente del Consejo Real de Indias”, conocida también como *Descripción Colonial*, no sólo las “cosas grandes” sino también las cosas cotidianas, porque todas eran “dignas de memoria”. Llegó un siglo después de Cieza de León al mismo territorio que comprendía la enorme extensión del reino de los Incas. En este lapso cambiaron completamente las circunstancias de la conquista, es decir, cesó la desorganización y la anarquía, concluyeron las complejas luchas entre españoles y desapareció la avidez desmedida por descubrir las misteriosas y ocultas riquezas. La administración española afirmó y organizó su “imperio”.

Los virreyes nombrados por los monarcas españoles repartían las tierras en encomiendas, premiando de esta manera las hazañas de aquellos que habían contribuido a integrarlas a la Corona. Comenzaron así a levantar iglesias, a fundar monasterios y asentamientos que perdurarían en el tiempo.

Los documentos prueban que en las capitulaciones efectuadas entre Cristóbal Colón y la reina Isabel de Castilla, figuraba, como factor primordial, el deber de convertir al cristianismo a los naturales de las tierras descubiertas.

Esta imposición en la capitulación, de imperiosas necesidad y obligación, forma una suerte de eslabón, como anota el historiador mexicano Silvio Zavala Vallado en su *Ensayos sobre la colonización española en América*², entre la conquista del Nuevo Mundo y las Cruzadas. En ambos se entrelazan el motivo religioso fundamental de convertir a los infieles con otros

1 REGINALDO DE LIZÁRRAGA, *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, Presentación de César A. García Belsunce y estudio preliminar de Edberto Oscar Acevedo, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999. 414 p. El Manuscrito original fue publicado en 1909 por Manuel Serrano y Sanz, 2 t.

2 SILVIO ZAVALA VALLADO, *Ensayos sobre la colonización española en América*, Buenos Aires, EMECE Eds., 1944.

políticos y económicos. Simultáneamente se produce en estos hechos, la prolongación del continente europeo en las nuevas tierras conquistadas.

Es lógico, entonces, que en la empresa de la conquista la presencia de religiosos, frailes y clérigos, haya tenido un papel tan importante como la de cualquier soldado combatiente. La intervención del clero fue un factor preponderante, porque intentaba con empeño convertir a los naturales a la fe cristiana y a la vez, de esta forma, comprometerlos como súbditos de los reyes de España. También estaba a su cargo la fundación de las sedes de esta nueva religión, es decir, la erección de capillas y la construcción de iglesias y conventos.

Todo eso era preciso documentarlo y en este punto es donde interviene el fraile-cronista, ya en calidad de historiador, ya de naturalista, o simple relator de andanzas y hechos. Si se echa una mirada a la abundante serie de manuscritos o libros publicados desde la conquista y a través de la época virreinal, encontraremos un común denominador, la pugna por la salvación de las almas de los infieles junto con la insaciable curiosidad por todo lo que se refiere a ese nuevo mundo.

Fueron éstos los motivos que impulsaron a religiosos y cronistas a caminar cientos de leguas padeciendo el soroche por las grandes alturas, el calor de las selvas tropicales y el continuo acecho de los naturales. Los primeros cronistas que llegaron eran como el incomparable soldado de Hernán Cortés, el cronista Bernal Díaz del Castillo (1492-1585), cuyo libro es el mejor testimonio de la conquista de México; o como el conquistador y cronista del mundo andino Pedro Cieza de León (1518-1554), admirador ferviente de las culturas precolombinas; o como el intrépido navegante y explorador capitán Pedro Sarmiento de Gamboa (1532-1592).

En este caso se trata del paciente y virtuoso provincial de la orden de los dominicos fray Reginaldo de Lizárraga, quien nos cuenta:

“Descendiendo en particular a nuestro intento, trataré lo que he visto, como hombre que allegué á este Perú más ha de cincuenta años el día que esto escribo, muchacho de quince años, con mis padres, que vinieron a Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor desde Perú, de allí hasta Potosí, que son más de 600 leguas, y desde Potosí al reino de Chile, por tierra, que hay más de quinientas,

*atravesando todo el reino de Tucumán...". Continúa, para confirmar lo verdadero de sus descripciones: "...no hablaré de oídas, sino muy poco, y entonces diré haberlo oído mas á personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos, y como dicen, palpado con las manos; por lo cual lo visto es verdad, y lo oído, no menos"*³.

Estas crónicas, estos relatos son de importancia trascendente, porque sin la existencia de estos abnegados escritores, la historia de la cultura aborigen de todo un continente se habría perdido irremediablemente. Nunca serán suficientes las expresiones de reconocimiento por éstos sus trabajos.

En las crónicas de estilo simple y llano, surge un mundo insólito, de enormes riquezas, de gente brava y "bárbara", la América virgen saturada de leyendas, de misterios. Esta América de geografía permanentemente cambiante. Inmensas tierras desconocidas y mitos sobre ciudades plenas de riquezas fabulosas.

En esta tierra quedó vivo el recuerdo de las novelas de caballería que fascinaron a las generaciones precedentes. Tanto es así, que en las crónicas podemos palpar su influencia cuando se trata de hechos heroicos, de apariciones milagrosas o acontecimientos rayanos en la hechicería y la magia.

Hijo de tierras peninsulares nuestro fraile cronista vio la luz en Medellín, Extremadura, hacia 1539. Su nombre en el mundo fue Baltasar de Ovando, pero al comenzar desde muy joven a profesar el sacerdocio, él mismo cuenta que el prior fray Tomás de Argomedo se lo cambió por el de Reginaldo de Lizárraga, para demostrar, de esa forma, su entera consagración a las labores cristianas que le esperaban. Llegó a Quito a la edad de quince años, en compañía de sus progenitores y hermanos. Allí se educó en el convento de los padres franciscanos, para viajar luego a Lima ciudad en la que ingresó en el dominico convento de Nuestra Señora del Rosario. Tomó el hábito en 1560 y profesó un año después. Completó estudios de teología y viajó por el Callao, Potosí y Charcas, misionando en esas latitudes hasta 1579.

De regreso a la ciudad de Los Reyes fue designado visitador de los conventos de su orden en Chile, donde permaneció ejerciendo su ministerio hasta 1583, año en que regresó a Lima. Fue prior del mismo convento en el

3 REGINALDO DE LIZÁRRAGA, *op.cit.*, p. 37.

que realizó sus estudios, provincial de los territorios de Chile y Río de la Plata, maestro de novicios en Lima y doctrinero en el Valle de Jauja. Consagrado obispo en 1599 por el arzobispo Toribio de Mogrovejo, pasó nuevamente a Chile en 1603 emplazando su sede en la ciudad de Concepción. En 1606 el Consejo de Indias propuso su nombre para ocupar el obispado rioplatense, investidura otorgada por el papa Paulo V el 20 de julio de 1609. Recorrió Córdoba del Tucumán y Santa Fe, donde trató al gobernador Hernandarias de Saavedra, quien escribió de él a su muerte un merecido elogio en el que manifestó “*Gran falta hará a este Obispado, porque era un santo*”.

Llegó a la Asunción del Paraguay a mediados del año 1609, ciudad en la que falleció el 13 de noviembre de ese año. Su temprana desaparición le impidió asumir en propiedad el obispado rioplatense.

Ricardo Rojas dedica una extensa noticia preliminar a la edición del libro de fray Reginaldo⁴, en la que destaca su capacidad de observación, que es como un “espejo de recuerdos” de sus duras andanzas por las Indias. Observa que el estilo es casi siempre descuidado, pero su memoria es feliz y, cosa rara para la época, posee un sentimiento estético que se manifiesta especialmente en la descripción de los paisajes.

Habla Lizárraga con delectación de “arreboles y celajes, del Sol poniente en Arequipa” y no se muestra insensible al encanto de las limeñas que “hacen mucha ventaja a los varones”. En síntesis, se trata de una fuente de valor inestimable para el estudio del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile.

Por acuerdo de sus superiores fue nombrado “provincial de todas las posesiones dominicas en las dichas y mencionadas regiones con la obligación de visitarlas personalmente”. Ardua tarea ésta, si se piensa en la vastedad de los reinos que tuvo que recorrer, surcados por caminos peligrosos, arenales ardientes, comunidades antropófagas, llevando su invencible fe en aras de la luz y la salvación para, según su concepto “este mundo salvaje”.

4 RICARDO ROJAS, “Estudio preliminar”, en: REGINALDO DE LIZÁRRAGA, *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, Buenos Aires, ed. de la Biblioteca Argentina, Librería La facultad, 1928, t. 13 y 14.

Como es de suponer la crónica de su viaje incluye una infinidad de materias diferentes. Habla de la organización de las iglesias y claustros; de las cualidades y caracteres de los virreyes; de la situación de los colonos y la mortandad de los indios; o de la manera de cultivar la tierra y el abundante rendimiento de las minas. No escapa de su aguda observación, la psicología y comportamiento del indio frente al blanco y formula críticas sobre ambos con espíritu amplio y objetivo.

Nada es ajeno a su interés de viajero inquieto. Observa la vegetación y anota las especies raras de la fauna americana, destacando hasta la existencia y comportamiento de los insectos dañinos. Escucha con interés los relatos sobre las características benéficas de alguna raíz, hierba o árbol, o las cualidades curativas de las aguas. Recordemos que Lizárraga actúa en el siglo XVII, época en que la medicina se basaba casi exclusivamente en conocimientos empíricos, animales quiméricos nacidos de la fantasía y milagrosas curaciones atribuidas a algún santo venerado.

Viene al caso mencionar que desde la antigüedad la botánica, como ciencia en relación con la medicina, ocupa un rol de suma importancia. Los sabios árabes y hebreos de la Península Ibérica, enriquecieron aún más los anales de la botánica y en consecuencia la medicina, pero el verdadero auge y una especie de torrente de esta ciencia, sobrevino con el reconocimiento del Nuevo Mundo en los siglos XV y XVI.

La impresión y el asombro producidos al encontrarse con la inmensidad de las florestas vírgenes, la diversidad de árboles desconocidos, la lujuria de las selvas, lo impulsaron a escribir sobre ese mundo fabuloso para aplicarlo con fines prácticos y curativos.

Muchos soldados, hombres de letras y religiosos que participaron de la grandiosa empresa de la conquista de estas tierras, o que llegaron después a poner orden y organizar este nuevo continente, no pasaron por alto el panorama de esta imponente y privilegiada naturaleza.

Así desfilaron desde las más tempranas épocas historiadores como el madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557), con su

Historia general y natural de las Indias, dando las primeras noticias sobre plantas tintóreas y sobre el trabajo y uso que de ellas se hacía. Pedro de Cieza de León en su *Crónica del Perú*, dedica un capítulo a la descripción completa de la fauna y flora americanas.

Podríamos citar como ejemplo para sintetizar lo dicho, al jesuita gallego Pedro de Montenegro (1663-1728), médico quien recopiló en su voluminosa *Materia médica misionera* todos los especímenes vegetales conocidos en el territorio de Misiones y los describe, no sólo desde el punto de vista estrictamente científico aplicado, sino que se extiende sobre su uso y propiedades positivas para el beneficio de la humanidad. Pero a pesar de su rigor científico en la clasificación y descripción de las plantas, no puede evitar la mezcla de lo real con lo fantástico.

Pero volvamos nuevamente a nuestro personaje, fray Reginaldo y a los hechos que le acontecieron durante sus largas andanzas por la extensa geografía de nuestra América. Los temas y sucesos son de tal magnitud -tanto en importancia como en número- que forzosamente nos concentrarnos en un solo tópico, que por su pintoresquismo, por su ingenuidad, refleja toda su época y a la vez proporciona datos valiosos sobre la organización de aquella sociedad. Nos referimos a la manera de curar y sobre todo a la medicina popular americana, ligada muchas veces con no pocos elementos mágicos.

No tenemos necesidad de seguir su itinerario, pero sí es de interés mencionar algunas de sus etapas. Llegado que fue a Guayaquil encontró varias cosas de:

“excelencias notables” [...] sobre todo el agua del río, particularmente la que se trae de Guayaquil el Viejo, que es donde se pobló este pueblo; van por ella en balsas grandes, en una marea, y vuelven en otra; dicen esta agua corre por cima de la zarzaparrilla, yerba ó bejuco notísimo en todo el mundo por sus buenos efectos para el mal francés; ó bubas por otro nombre y sana muy en breve los pacientes, dejándoles la sangre purificada como si no hubieran sido tocados desta enfermedad [...]”⁵.

Esta receta contra el mal que hizo estragos tanto en Europa como en América y sobre cuyo origen tantos argumentos se ha gastado, es sumamente interesante. Para darle crédito menciona a algunas personas cubiertas por

5 REGINALDO DE LIZÁRRAGA, *op.cit.*, p. 40.

llagas que, según su testimonio ocular, en pocos meses volvieron completamente curadas. Cabe preguntar en este caso ¿cuál de los elementos obraba la curación: la zarzaparrilla o la composición química del agua de río que, en combinación con aquélla, se convirtió en un remedio casi milagroso?

El mundo es un asombro constante, caimanes desconocidos vistos por primera vez por un europeo, “*comen piedras tan grandes como un sombrero y con el calor del buche las digieren*”. Además:

*vi también que debajo de los brazos, séame lícito decir, del sobaco, le sacaron unas bolsillas llenas de un olor que no parecía sino almíscle; entonces llegó del Perú un hombre rico llamado Bozmediano, y la piel de este animal le dieron, decía lo había de llevar á España y ponerlo en Santiago de Galicia*⁶.

Su método para cazar a los pájaros acuáticos es astuto y más aún curioso; maniobran con inteligencia para atacar a los hombres, llevarlos y ahogarlos en lo hondo y sólo entonces dedicarse al festín. “*El buche desta bestia es calidísimo; aprovéchanse dél, bebido en polvos, contra el dolor de la ijada*”⁷.

Existen enfermedades misteriosas que atacan a las personas y para las que no es posible encontrar remedio. Cuenta Lizárraga que estando en la próspera ciudad de San Miguel de Piura, en el norte del Perú, “*...la primera que edificaron los españoles en este reino*”, encontró un mal inexplicable:

*Pero tiene esta ciudad un contrapeso muy notable, que es ser enfermísima de accidentes de ojos, y son incurables, porque al que no le salta el ojo queda ciego, con unos dolores incomportables; apenas vi en aquella ciudad hombre que no fuese tuerto*⁸.

Cuenta Lizárraga que este mal obligaba a los enfermos a estar permanentemente encerrados en aposentos oscuros. Tanto se generalizó esta rara enfermedad que la ciudad fue despoblándose, la gente huía a otros lugares exentos de estos padecimientos como el puerto de Paita. Es de destacar que los indios rara vez eran atacados por esta epidemia, pero sí frecuentemente los españoles. La única explicación que podemos encontrar es la mención de Lizárraga al entrar en Piura: “*...la tierra produce muchas sabandijas sucias y*

6 *Ibidem*, p. 43.

7 *Ibidem*, p. 43.

8 *Ibidem*, p. 48.

entre ellas víboras, culebras y arañas”. Y en otra parte manifiesta “...es tan abundante de mosquitos, zancudos [...] que es como un milagro que pueden sufrir los indios...”. En consecuencia, había abundantes elementos transmisores de enfermedades.

El clima de los escenarios varía a menudo. Del Altiplano cuzqueño baja a las selvas tropicales, o vuelve a atravesar regiones templadas. En un párrafo habla de “una tierra llamada los Andes”, la que queda a tres o cuatro jornadas del Cuzco y menciona que por ser ésta de clima tan tropical, es un centro importante para el cultivo de coca, beneficio predominante para la población aborigen. Aunque de todos sean conocidas las virtudes de la coca, hay una observación curiosa de Lizárraga referente a ella.

“Esta coca es un arbolillo pequeño que no se levanta del suelo cuando mucho una vara, las ramas delgadas, la hoja casi como zumaque, aunque es más ancha; otra hay más pequeña, pero ésta no tractamos. Esta coca no se da sino en tierra muy cálida y lluviosa; siémbrese á mano, tres ó cuatro jornadas del Cuzco, hay una tierra llamada los Andes, donde hay estas chácaras de coca, con las cuales los vecinos y muchos otros han enriquecido, porque se sacan destos Andes, para Potosí particularmente, cada año más de 60.000 cestos de coca, que cada uno debe pesar de 20 á 25 libras; sácanlos en carneros de la tierra y lleva un carnero cuatro y cinco. Desde Potosí vienen al Cuzco con las barras de plata a comprar esta coca”.

No convencen mucho a Lizárraga las “virtudes” atribuidas a esta planta. Continúa refiriéndose a ella:

Vale el cesto, cuando menos, tres pesos, que es imaginacion, ó tiene esta hoja en sí alguna virtud de sustentar, lo cual parece falso; pero los indios, si han de trabajar, y no traen un poco della en la boca, ó han de caminar, luego se desmayan, y como la lleven, trabajan y caminan todo el día, si no es cuando se sientan á comer, que brevemente concluyen⁹.

Precisamente de esta región que se llama “los Andes”, trae una preciosa anécdota acerca de la manera de actuar cuando alguien es mordido por una víbora:

Estos Andes donde se da es tierra calidísima, muy lluviosa, llena de mil género de sabandijas ponzoñosas, que en las mismas chácaras se crían y hacen no poco daño; y la picadura es irremediable, hasta agora, que de pocos años se ha hallado el remedio, y es el más fácil del mundo y más manual. Uno de los primeros que lo supo fuí yo, y lo enseñó un perro. Pasó así: que andando á caza de perdices un soldado gentilhomme, arcabuz, llamado Pedro Ruiz de Ahumada, á un perro suyo picóle una víbora en el hocico; hinchósele la cabeza como una bota; viniéndose ya tarde para su casa, que era en el campo, el perro veníase así tras de su amo,

9 *Ibidem*, p. 144.

pero en viendo un arroyo de agua que cerca de la casa corria, fuese á toda furia para el agua; el amo, pensando que la rabia de la muerte lo llevaba, paróse; vióle poner la cabeza en el agua; dejóle el amo por muerto, pero ya que queria cenar entra el perro sano y bueno y halagando a su amo. Venido al pueblo, luego me lo dijo: esto era en la ciudad de La Plata. [...]. “De suerte que en picando la víbora habemos de buscar el agua: si es corriente es mejor, si es embalsada no es inconveniente, y poner el pie ó la mano en el agua, de suerte que sobrepuje un jeme el agua á la picadura, y dejarlo estar allí espacio de una hora, y no es necesario más cura¹⁰.

No convencido de la milagrosa cualidad curativa del agua contra la picadura de víbora, escribe a un religioso que haga un experimento con dos perros picados por las serpientes. Y he aquí, que el perro lanzado al agua sale retozando y en cambio el otro, quedando en la tierra, muere en pocas horas.

Otra costumbre que merece mención es la forma en que curan la picadura de víbora los indios del Altiplano:

Toman la víbora que picó, y aunque sea otra no creo es inconveniente; córtanle tres ó cuatro dedos de la cola y échanla á mal; luego de allí junto cortan cantidad de tres dedos de ancho, quitan la piel, y tres veces en tres dias continuos dan de comer aquella carne al herido; acuéstalo y abríganlo; suda, guarda dieta, y no es necesario más cura; desta suerte curaron en una chácara dos leguas de la ciudad de La Plata á una ama suya unos indios del Rio de la Plata que con ella vinieron, y su marido é yo propio se lo pregunté y me dijo que desta suerte la curaron no haria dos meses.

Como es visto, también esta es una narración extraída de su propia experiencia.

Existió también la creencia que el veneno de las víboras es contagioso. Así ocurrió la muerte de varios soldados portugueses. Según cuentan, una víbora atravesó con sus colmillos la bota de un soldado y éste falleció como consecuencia de ello. Después de su muerte vendieron sus bienes, entre ellos la bota de baqueta envenenada. Pero he aquí, que el nuevo dueño de la bota mencionada muere de la misma forma, esto es, como si hubiese sido mordido por una víbora. Las ventas sucesivas de la bota costaron la vida de varios soldados, hasta que uno de ellos, médico, advirtió que la causa había sido la transmisión del veneno del ofidio.

La lucha contra las muchas especies de víboras venenosas es constante. Pululan tanto en los bosques como en las quebradas, trepan a los

10 *Ibidem*, p. 144-145.

árboles y se arrojan sobre los inocentes transeúntes. Éste es el caso de las llamadas “*áspides*”. Todas las mordeduras serían mortales si no se empleara una raicilla “*delgada como el dedo, negrilla; huele como higuera; dase en polvos poca cantidad, súdease con ella, y hase de tener dieta; llamámosla en estas partes contrayerba*”.

Habiendo tantas víboras en la región, que constituían por lo visto un verdadero peligro, ¿qué disposición pudo haberse tomado para combatir las?, ¿qué remedio para “*apocar*” las víboras? No podemos resistir la tentación de describir la costumbre establecida para matar a estas peligrosas alimañas, aún a riesgo de apartarnos del tema principal. He aquí la descripción de como pelean los puercos contra las víboras:

Es cosa de admiracion ver pelear un puerco con una víbora. En viéndola, eriza todas las cerdas del cerdo; la víbora, en viéndole, levanta la cabeza cuanto naturalmente puede y estase queda. El puerco rodéala hozando y guardando con la tierra el hocico, no le pique en él; si le pica, como un gamo vase al agua y pone el hocico en ella, hasta que se siente sano; vuelve con la misma velocidad á la batalla; la víbora no se aparta de su lugar; el puerco vásele llegando hozando, y cuando ve la suya, es prestísimo, con la una mano pónela encima de la cabeza de la víbora, y dando con ella en el suelo la aprieta tan fuertemente con la tierra que no la deja volver á picar, y con la boca hácela dos pedazos y luego se la come. He dicho esto para alivio del prudente lector¹¹.

Curiosamente este azote de víboras en ocasiones puede convertirse en remedio infalible. Cuenta Lizárraga que en el valle de Misque existe una enfermedad endémica de la que sufren tanto indios como españoles:

Los papos, que acá llamamos cotos, en las gargantas; yo he visto hijos de españoles nacer con ellos; el remedio experimentado es atarse á la garganta una ó dos cabezas de víboras, y con esto se resuelven.

Al proseguir su camino del Cuzco a Vilcanota, refiriéndose a la laguna homónima y a determinados manantiales de agua caliente que en ella vuelcan, comenta sobre sus facultades curativas:

Esta agua, si es de piedra azufre, es singularísimo remedio para el mal de la ijada é piedra; bebiéndola caliente cuanto se pudiese sufrir, deshace la piedra de los riñones y límpialos; es experiencia hecha, y si se trae y se vuelve fría hace de callentar y beberla caliente como está dicho, y tiene el mismo efecto¹².

11 *Ibidem*, p. 166-167.

12 *Ibidem*, p. 148.

Entre las ciudades fundadas en el Alto Perú, una de las más ricas y prósperas fue la ciudad de La Plata, la actual Sucre, capital del departamento de Chuquisaca, asiento de vecinos importantes, generales y capitanes, sede del obispado, riquísima por sus minas. Sus numerosas iglesias y monasterios le daban aspecto tan brillante que se destacaba en el contexto de la vida virreinal, aunque tampoco faltaban en estas provincias las plagas de insectos y animales venenosos, comprensible por la naturaleza de una región agreste.

Pero proveyó Dios de muchas hiervas medicinales y árboles, más que en ninguna parte de estos reinos. [...]

Es combatida esta ciudad de enfermedades que de cuando en cuando Nuestro Señor por nuestros pecados envía, y en otros tiempos lo era de cámaras de sangre por causa del agua del río; después de traída la fuente, esta enfermedad ha cesado. Las enfermedades cotidianas son, en alcanzando algún nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolor de costado. El viento Norte en todas estas partes, en Tucumán y Chile, es pestilencial, porque como es de su natural muy frío, en corriendo son estas enfermedades con nosotros, y en todo lo que habitamos desta tierra y de los demás dos reinos no corren otros vientos sino Norte ó Sur, el Sur sano, el Norte enfermo; demás desto, como las mercaderías se traigan de otros reinos, si en ellos han pasado algunas enfermedades contagiosas, nos vienen y cáusanos mucho daño y gran disminucion en los naturales, como ahora lo causa una enfermedad de viruelas juntamente con sarampion, llevándose mucha gente de todas naciones, españoles, naturales, negros, mestizos y de los demás que en estas regiones vivimos, y escribiendo este capítulo, agora actualmente corre otra no de tanto riesgo acá en la Sierra, como lo fué en los Llanos, de sarampion solo, el cual en secándose acude un catarro y tose que de los muy viejos é niños deja pocos, y en la ciudad de Los Reyes hizo mucho daño, particularmente en negros. [...]

Dejo otras particularidades, por no ser prolijo, y no se diga de mí que como aficionado las trato. Serla aficionado no lo niego, por tenerla por patria; en lo demás no digo tanto de bien como en ella, por la bondad de Dios, ha crecido en tan breves años¹³.

Al escribir sobre el valle de Camaná, entre otras observaciones anota “*Tiene este asiento poca agua; una fuentecilla hay en él, que para deshacer la piedra de los riñones es muy aprobada*”¹⁴.

Cuando narra lo acontecido en el trayecto de Guamanga al Cuzco, el que cumple en doce jornadas, deja escrito

...porque de aquí sacan indios para labrar en los Andes del Cuzco las chácaras de coca, y dales allí una enfermedad en las narices que se les ponen como una trompa muy gruesa y colorada, de que algunos mueren, fuera de las enfermedades que allá les dan mortales. [...]

13 *Ibidem*, p. 102-103.

14 *Ibidem*, p. 117.

Todos estos valles desta provincia son abundantes de las plagas dichas: víboras, hitas, chinches y otros animales ponzoñosos; pero proveyó Dios de muchas yerbas medicinales y árboles, más que en ninguna otra parte destes reinos.[...]

Pocas leguas desta ciudad se coge la contrayerba, que dijimos ser una raíz negra que huele á higuera. Otras raíces aprobadas para cámaras de sangre. Lleva esta tierra mechoacán tan bueno como el que se trae de México. Entre los árboles hay tres muy conocidos y salubérimos: el uno llamado Tareo, que entre mil de los demás es muy señalado; antes que eche las hojas produce una flor como campanillas, morada, de la cual se hace una conserva probada contra el mal francés. El otro se llama Quinaquina, destila una goma muy olorosa, remedio principal, sahumándose con ella, contra toda tose, catarro y apretamiento de pecho. He conocido personas, á lo menos un religioso nuestro, que cortaba una rama y en la punta colgaba un calabacillo, de suerte que la rama estuviere enarcada; destilaba un licor que para heridas no le igualaba el bálsamo. Este árbol llora unas pepitas grandes como las habas y más largas, llenas de goma, de las cuales se aprovechan para mil enfermedades; tuve la memoria dellas, no sé qué se me hizo; sahumánse con ello contra la tose, y para la jaqueca no hay remedio más eficaz; tarda en destilar tiempo.

Lo que en más abundancia se cría son molles, aprobados para muchas enfermedades frías; todos estos árboles son como grandes encinas. Los molles, dándole una cuchillada en la corteza, y sin que se les dé, pero dada destilan una goma blanca con un poquito de cárdeno, al gusto poco mordaz; usan della para purgar flegmas; yo la he tomado; pónenla en un paño limpio, mójanla en agua y exprímenla como cuando se hace almendrada, y cuanto una escudilla, échanle un poco de azúcar, y puesta al sereno, á la mañana se bebe, sin mas preparación; hace su efecto admirablemente; lleva unas uvillas coloradas que son como las majuelas de España, sino que son todas redondas, sin la coronilla que tienen las majuelas; destas uvillas se hace miel y chicha muy dulce y calidísima. Con la corteza curten suelas y muy buenas. Hay entre estos árboles macho y hembra: el macho es más coposo y más grato á la vista; la hembra crece más y las ramas más extendidas. La fructa del macho jamás madura; quédase como la uva, en cierce; la hembra la llega á sazonar.

Tanto le entusiasman a fray Reginaldo todas las cosas que se refieren a la salud, que él mismo dice con leve ironía:

Ya se puede decir que de historiador me he vuelto médico; no es inconveniente tractar en historia, ó descripción de tierras, las cosas provechosas que en ella se hallan para la salud de los hombres¹⁵.

Muchas leguas deja atrás el padre Lizárraga en su afán de conocer esta parte de la tierra que le ha tocado evangelizar. Conoce la majestuosidad del lago Titicaca, describe la manera de vivir de su gente, la curiosa invención de los “*caballitos de totora*” y la manera en que se alimentan exclusivamente de los pescaditos desecados y de los brotes tiernos de la totora del lago.

15 *Ibidem*, p. 148.

Allí se entera de la gran devoción y milagros producidos por la Virgen de la Purificación, cuya capilla se encontraba en la isla de Copacabana. Mucho deleite le causa relatar la derrota de los demonios afincados especialmente en aquella región y las muchas batallas victoriosas sostenidas contra ellos. No olvidemos que precisamente la región del lago Titicaca formaba parte del reino precolombino más antiguo, Tiahuanaco. A pesar de que sus habitantes, los orgullosos collas, ya habían sido derrotados por el Imperio Incaico, la religión, las tradiciones y costumbres tenían aún hondo arraigo. De modo que no era tarea fácil borrar toda una civilización milenaria con la evangelización, civilización cuyos vestigios aún hoy subsisten.

Deja finalmente el buen fraile el Altiplano inhóspito y se encamina hacia valles cálidos como Cochabamba y Pocona que, por su aspecto fértil, risueño, abundantes en plantaciones y viñas, frutas y hortalizas, ríos llenos de peces, le parecieron una especie de paraíso. Paraíso sí, porque aquí como allá también abundan las serpientes de “toda suerte”. Y tierra virginal como aquélla porque hay fieras, terribles tigres y osos muy grandes que habrían tenido un aspecto tan atrayente que viéndolos las mujeres se quedaron trastornadas y no ofrecían resistencia alguna para relaciones más íntimas. En esta misma oportunidad relata fray Lizárraga un “*acaecido*” agregando con énfasis “*esto no es fábula*”. Se trata de que los tigres, en una incursión nocturna a la toltería, eligieron y se llevaron a los no “*bautizados*”, sin hacer el menor daño a los bautizados.

De una ciudad a otra sigue caminando fray Reginaldo. Nada escapa a su observación y anota cuidadosamente los relatos que le cuentan sus acompañantes accidentales. Estos son de un contenido riquísimo, de inapreciable valor etnográfico, cuando describe los hábitos y caracteres de los indígenas; histórico cuando menciona los hechos sobresalientes de un pasado no lejano; pintoresco cuando se refiere a los paisajes, a las condiciones climáticas, a los animales, a los cultivos y los frutos de la tierra.

De la ciudad de La Plata se dirige hacia Potosí y dedica largos capítulos a ese fenómeno del Cerro de Plata, que entrega sus reservas aparentemente inagotables. Citamos sus palabras acerca de este cerro “*hecho de plata pura*”, palabras que trasuntan el carácter íntegro de un español:

Quien no ha visto á Potosí no ha visto las Indias. Es la riqueza del mundo, terror del Turco, freno de los enemigos de la fe y del nombre de los españoles, asombro de los herejes, silencio de las bárbaras naciones”. Y es verdad, la riqueza que ha salido de las minas de Potosí enriqueció a los grandes países europeos “y hasta el turco tiene en su tesoro barras de Potosí”¹⁶.

Pero no es el caso ahora de hablar de las minas de Potosí ya explotadas por los Incas, pero desconocidas por los españoles. Su descubrimiento parece más una leyenda que un hecho real. La aparición casual de un animal mágico, en cuya persecución se logra descubrir el mineral maravilloso, semeja un cuento surgido de las novelas de caballería.

Queda atrás el “pueblo” de Potosí y penetra en la provincia de los indios Chibchas, presumiblemente ricos en oro y plata, quienes lograron siempre mantener en secreto la ubicación de sus yacimientos.

Al referirse a la cercana provincia de Lipes nos dice:

[...] no de muchos indios, muy fría y destemplada, donde no se da maíz; en lo demás de poca fama, si no es por las piedras medicinales que della se traen, que yo he visto y en todo el reino se usan: la una de color azul, con la cual se curan cualesquier llagas viejas con no poca mordacidad, con la cual las castra y en breve sanan; las otras son para la ijada aprobadas, unas de color de aceite y otras (estas son las mejores) de color de carne de membrillo; digo ser aprobadas, porque yo comenzaba á ser enfermo della, y de cuatro años á esta parte, gracias á Nuestro Señor, que traigo dos conmigo cosidas en un jubon, una un lado y otra á otro de la ijada, la una de la una color y la otra de la otra, no he sentido cosa de pesadumbre; la de color de carne de membrillo dicen los lapidarios ser contra ijada, riñones y para estancar flujo de sangre. No dejan fraguar piedra; deshácenla, y deshecha se lanza por la orina; experiencia cierta¹⁷.

En el capítulo LXII, “Del camino de Talina á Tucumán”, nuestro fraile cronista nos ha dejado agudas observaciones.

Los bravos indios omaguacas constituyen un peligro constante por su belicosidad y poco fervor para aceptar la enseñanza del catequismo. Sus pucarás o fortificaciones fueron inexpugnables en el comienzo de la conquista y durante varias decenas de años después. Para mayor seguridad y por “si se

16 *Ibidem*, p. 184.

17 *Ibidem*, p. 194.

quisieran tornar a rebelar” fue muy necesario fundar pueblos. Uno de ellos se estableció en un valle llamado Jujui, bajo el sabio mando del gobernador Juan Ramírez de Velasco. En este apacible valle abunda toda clase de cultivos que eran menester para la riqueza y bienestar de la región. Anota:

...tienen las plagas que hay en toda la provincia de Tucumán, que por no tornarlas á referir son las siguientes: frio á su tiempo, que es desde Mayo hasta Octubre, insoportable y sequísimo más que el de Potosí, y principalmente, los tres meses Junio, Julio y Agosto; calor al verano de dia y de noche, y más en Diciembre, Enero, Febrero y Marzo. Las hitas que dijimos haber en la provincia de Los Charcas, grandes y asimismo pequeñas en gran cantidad; en el verano mucho mosquito de los zancudos y rodadores; moscas en este tiempo son innumerables, y de tal calidad, que si se acierta á tragar una en la comida, revuelve de tal manera el estómago que hace lanzar hasta la viva sangre, por lo cual, en las cocinas, sobre el fuego, están dos indios con sus aventadores ahuyentando las moscas. Es así que en la cibdad de Esteco una mujer de un vecino tenia en su casa un soldado enfermo (en esta provincia no hay yerbas medicinales ni médicos, sino abundancia de lechetrezná, que es poco menos que tóxico), y no mejorando tomó dos moscas, desleyólas en una escudilla de caldo de ave y sin decirle alguna cosa dióselas á beber. Purgó tan bien con ella, que dentro de pocos días sanó; esto yo lo pregunté á la misma que dio la purga¹⁸.

Cuenta fray Reginaldo experiencias sobre culebras, víboras, moscas que dejan gusanos y a otras muchas alimañas, materia que le causó no poca preocupación:

Los campos son abundantes de estos animales ponzoñosos, por lo cual en apeándose el pasajero he de mirar dónde pone los pies; hay lagartos de sequera tan grandes como los que dijimos producía la tierra Chiriguana; matamos uno en una dormida¹⁹.

Para poner fin a esta reseña, que tan fielmente refleja las creencias y costumbres pintorescas de una época lejana en una tierra todavía virgen, queremos agregar otra anotación del autor.

Proveyó Dios en esta provincia de unas culebras pequeñas que no hacen daño alguno, antes son provechosas, las cuales tienen dominio sobre las víboras, de tal manera que en viendo la víbora de cascabel á esta culebra, luego se vuelve boca arriba, y llegando esta culebra la degüella y mata²⁰.

De tal manera y recurriendo nuevamente a la cita del autor “*que viendo la víbora de cascabel a esta culebra, luego se vuelve boca arriba y llegando esta culebra la degüella y mata*”, y agrega “*así lo afirman los*

18 *Ibidem*, p. 354-355.

19 *Ibidem*, p. 355.

20 *Ibidem*, p. 355.

nuestros que viven en aquella región”.

No es fácil elegir un tema como el que constituye el hilo que atraviesa una vida tan rica en experiencias, fe y sabiduría. La *Descripción* es un precioso documento basado en experiencias vividas. Como dice Ricardo Rojas: “todo cuanto constituye, en fin, la vida argentina del siglo XVI, la primitiva conciencia del drama histórico en el vasto escenario virgen donde comenzaba entonces a fundarse nuestra civilización”²¹.

Viajó a través de montañas, selvas y pampas a pie, a lomo de mula y en lentas carretas tiradas por bueyes, a lo largo de penosas jornadas y tomando descanso en hospedajes precarios. Observó y juzgó con libertad todo lo que vio en esas tierras. Narrador ameno, de lenguaje preciso y sobrio, fray Reginaldo ha dejado en su *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, un verdadero documento rico en relaciones sobre el escenario que recorrió, afirmaciones de valor significativo sobre etnografía, geografía, medicina popular, folklore y episodios pintorescos de gran colorido. Su obra, sin duda, ha pasado a la Historia.

21 RICARDO ROJAS, *op.cit.*, p. 37.